

Encuentro N°9

La Familia y La Iglesia



Objetivo

Mostrar la riqueza y necesidad de la relación entre Iglesia y Familia

1- Oración inicial¹

2- Contenido²

La Familia Cristiana, una "Iglesia Doméstica"

Al inicio de la Iglesia, lo que atraía hacia ella a los hombres, era el trato fraternal de los cristianos, su espíritu de familia (Hch. 2, 44-47). En ese tiempo no había ni parroquias ni templos. Los lugares de encuentro eran, simplemente, las casas de las familias cristianas, las «iglesias domésticas» (Rom 16, 3-5). Desde allí se irradiaba el amor cristiano hacia el mundo (FC 54). Los paganos se asombraban ante la fidelidad de los esposos cristianos, su alegría, su rechazo al aborto. Encontraban extraña su religión pero, a la vez, tan atractiva, que todo el Imperio romano se dejó penetrar por ella. Es que el hombre fue creado para el amor y la familia, y no es capaz, a la larga, de resistir al testimonio de esos ideales para los que fue hecho su corazón.

¹ Se sugiere leer el evangelio del domingo próximo, comentarlo brevemente, luego hacer peticiones y/o agradecimientos, para terminar rezando la Pequeña Consagración.

² No leer en voz alta el texto a continuación, sino que los que preparan la reunión, lo exponen en unos 10-15 minutos, en sus ideas centrales. Lo más importante es trabajar las preguntas y luego el compartir.

Hoy día la Iglesia se enfrenta a un neo-paganismo. Su único argumento para convencer al hombre moderno vuelve a ser el de un Evangelio vivido. Ello coloca otra vez en primer plano el valor del testimonio de amor y unidad que debería dar la familia cristiana. Los dos sacramentos que la constituyen (matrimonio y bautismo) le procuran las gracias necesarias: pues hacen presente a Cristo y su Amor en medio de ella. El Sacramento del Matrimonio, funda una pequeña iglesia, una iglesia doméstica. Y por el Bautismo de los hijos, estos se incorporan a la Familia de Dios que es la Iglesia y a la iglesia doméstica que es su propia familia.

Dios le tiene tanta confianza a los esposos cristianos, que ha puesto en manos de ellos su propio poder creador para engendrar nuevas vidas (FC 28), y para hacer crecer su Familia, la Iglesia. Esta, en efecto, crece en la medida en que crecen las «Iglesias domésticas» donde, mediante el bautismo, nuevos niños son hechos «familiares de Dios»(Ef 2, 19).

La gran Iglesia y Las "pequeñas iglesias"



La «gran Iglesia» necesita a las «pequeñas Iglesias»

La Iglesia necesita recibir el aporte de las «Iglesias domésticas» y ser renovada por ellas. La Iglesia somos todos los bautizados. Y los laicos comprometidos y los consagrados nacen, se forman y crecen en su fe, en las iglesias domésticas. Si las familias cristianas se debilitan, la Iglesia se debilita.

Si una familia cristiana participa en la Iglesia, ya sea en una parroquia, en un movimiento o en cualquier pastoral, inyectan a la Iglesia espíritu familiar («un estilo de relaciones más humano y fraterno»: FC 64). Así la sanan de cualquier tendencia de burocratización impersonal.

A través de todo ello, las familias cristianas posibilitan que la Iglesia cumpla su misión. En primer lugar, ayudándola a dar, a través de su propia vida, un testimonio de comunión y solidaridad que permita a los hombres descubrir en ella la Familia de Dios. Recordemos que todo el atractivo de la primera comunidad de Jerusalén emanaba de su convivir y compartir familiar, no sólo en torno al Templo, sino también en «las casas» de sus integrantes (Hch 2, 32-47).

Las «pequeñas Iglesias» necesitan a la «gran Iglesia»

Hoy en día hay un gran peligro en el individualismo, cada uno vive su fe privadamente. Con ello se da un empobrecimiento de la fe cristiana.

¿Qué ganamos al participar activamente en la Iglesia?

La fe de cada uno se ve apoyada por la de los otros. Reflexionando, en común, sobre ella, siempre aprendemos cosas nuevas, aclaramos dudas y, sobre todo, descubrimos cómo enfrentar a su luz los desafíos de la vida diaria. Además, la comunidad puede mantenernos al día sobre las orientaciones magisteriales del Papa y los obispos y su debida interpretación. En ella aprendemos nuevas formas de oración. Y, finalmente, podemos culminar nuestra vida de fe participando en los sacramentos, lo que normalmente debiera suceder en la propia parroquia. Allí, la «Iglesia doméstica» es generada mediante el matrimonio y el bautismo, alimentada por la Eucaristía, reconciliada y fortalecida por la confirmación y la unción de los enfermos.

Junto con fortalecer nuestra fe, la participación en una comunidad cristiana mayor que la propia familia, acrecienta sobre todo nuestro amor a Dios, porque nos enseña a sentirlo más cerca, y **nuestro amor al prójimo**, porque se convierte en un **lugar de apertura y entrega a los demás**. El atrincheramiento individualista de muchos en el propio hogar, es una reacción defensiva «ante la frialdad creciente del mundo moderno» (Puebla 239). Pero no una solución: porque nuestro corazón fue creado para una fraternidad universal, y permanecerá atrofiado en su capacidad de amar si se encierra en un pequeño «nidito», por más cálido que le parezca. Las comunidades cristianas ofrecen un ambiente de respeto que ayuda a perder el miedo de abrirse a los otros.

La «gran Iglesia» sana a la «pequeña Iglesia»

Al participar en una comunidad eclesial mayor, los miembros de la familia cristiana no sólo aprenden cosas nuevas, sino que son también sanados de muchas heridas que traen de su hogar: pues la «Iglesia doméstica», en cuanto comunidad de pecadores, puede haber dañado o atrofiado bajo diversos aspectos su capacidad de amar. Dolorosas desilusiones con los propios hermanos, generan a veces un recelo instintivo a dar confianza, que bloquea por años las posibilidades de vivir la fraternidad cristiana y de insertarse de modo fecundo en la sociedad. «Etiquetas» recibidas en la casa, pueden hacer también muy difícil el intentar en ella algunos cambios de actitud que sinceramente se desea. De aquí la importancia de contar con un espacio espiritual distinto de la familia, donde se pueda hacer las experiencias de acogimiento, respeto, lealtad y estímulo personal que en ella no se tuvo en grado suficiente. Esto vale para todos, pero especialmente para los adolescentes y jóvenes, que a menudo se sienten incomprendidos o poco valorados en el propio hogar.



Movimiento de Schoenstatt y la Iglesia

El Fundador de Schoenstatt quiso que se escribiera como epitafio en su tumba: "Amó a la Iglesia". También insistía en que Schoenstatt estaba llamado a ser "Corazón de la Iglesia". Y en el libro de oraciones escrito por él, vemos la dedicatoria: "Todo para Schoenstatt, Schoenstatt para la Iglesia, la Iglesia para la Santísima Trinidad". Todo ello nos muestra que no somos algo "paralelo" a la Iglesia, sino que nuestra vocación es servir y ser alma de esta Iglesia.

La Rama de Familias de Schoenstatt, quiere formar comunidades de vida, de oración y de formación de apóstoles, de laicos que renueven a la Iglesia especialmente en el campo de la Familia. Para ello contamos con un lugar de gracias, **el Santuario**, y con una **Alianza** de amor que sellamos como Matrimonio con María para que ella nos ayude a vivir en plenitud nuestro Bautismo y Matrimonio, y así ser fecundos apóstoles en el mundo de hoy. La realidad de ser "iglesia doméstica" se plasma en el **Santuario Hogar** que podremos algún día bendecir en nuestra casa.

3- Para Trabajar matrimonialmente y en el grupo.

(Que cada matrimonio las converse, y luego lo comparten)

- a) ¿He comprobado que el aporte de las familias enriquece y hace más familiar la iglesia? ¿En qué? ¿Cómo están siendo el aporte mío y de mi familia? ¿Qué admiro en el de otros?
- b) ¿Qué valor puede tener el testimonio de la familia cristiana? ¿Cómo nos dan fuerzas para ello los sacramentos del matrimonio y del bautismo, Confesión?
- c) ¿Dónde voy a misa los domingos? ¿en qué aporta a mi vida familiar? ¿Participamos en familia?

Tomado de: La Familia y la Iglesia. Cuadernos de Pastoral Familiar. P. Hernán Alessandri, Ed. Patris.

4- Escoger un Propósito

5- Oración Final

